

cano al lector. El resultado es un texto mucho más comprensible y que rebasa los incontables galimatías del trabajo anterior. Este esfuerzo ha sabido aprovechar las aportaciones de la primera traducción al español para, desde ahí, construir una versión al amparo del propio autor.

Por testimonios epistolares conocemos la molestia de Heidegger por las traducciones de *Ser y Tiempo* que no habían sido validadas, de alguna manera, por él mismo: "...en los países latinoamericanos traducen sin preguntar cualquier cosa que se les presenta" (*Correspondencia, 1925-1975*, Herder, p. 132), se lamentaba el controvertido filósofo. El trabajo de Rivera acalla este malestar y sitúa a la versión española de *Ser y Tiempo* al mismo nivel que cualquier otra versión en otro idioma.

Vale la pena resaltar el buen oficio editorial de Trotta bajo el que aparece la obra del filósofo de la Selva Negra y que ha tenido una gran acogida entre los pensadores y estudiosos de habla hispana. A pocos meses de su publicación, en las librerías de México, es un texto difícil de encontrar.

El último escalón en este esfuerzo sería, naturalmente, la edición crítica y bilingüe de la

obra del filósofo más importante del siglo XX.

Valeria Martija
Universidad Panamericana

Jorge PEÑA: *La poética del tiempo: ética y estética de la narración*, Santiago de Chile: Editorial Universitaria 2002, 342 pp.

Jorge Peña Vial es catedrático de Antropología Filosófica y Filosofía contemporánea en la Universidad de los Andes. La consecuencia lógica de esta intersección de intereses puede constatarse en este volumen, pues articular una visión antropológica en el horizonte de la filosofía contemporánea conduce irremediamente a los pensadores con los que Peña dialoga: Alasdair MacIntyre, Charles Taylor, Hannah Arendt y Paul Ricoeur. Sin embargo, el libro no pretende una aproximación monográfica a estos autores, ni una comparación en sentido estricto de sus propuestas. La intención exclusiva del autor ha sido examinar la importancia teológica, metafísica, ética y por supuesto estética de la narración.

Es por ello que Peña se detiene, sin preocuparse demasiado por la cronología o por las

fuentes secundarias, a comentar las propuestas de los filósofos de la narración antes citados. Con la misma soltura hace uso tanto de las intuiciones de Louis E. Mink y de Hayden White, teóricos de la historiografía, como de los apuntes literarios de Karen Blixen —mejor conocida por su seudónimo masculino: *Isak Dinesen*— o de las propuestas creacionistas de críticos como el célebre George Steiner.

Estas múltiples referencias se integran en un desorden aparente, que sin embargo se revela al final de la lectura como la formulación versátil, desde trincheras diversas, de una misma inspiración filosófica y literaria. La primera parte del libro aborda el tratamiento que los filósofos de la narración antes citados dan a cuestiones como la temporalidad, la identidad personal, la razón práctica y los actos de libertad radical. He dicho *filósofos de la narración* y no *filósofos narrativistas*: Peña se apresura desde esta primera parte a tomar distancia respecto de los narrativismos radicales de Richard Rorty y de Miguel Morey, así como a criticar —apoyado por las *Presencias reales* de Steiner— la deconstrucción derrideana. Por supuesto ello requiere de ciertas categorías filo-

sóficas que permitan delimitar el quehacer narrativo; Peña reconoce en la introducción haberlas tomado de la trilogía ricoeuriana de *Tiempo y narración*. Es por ello que, incluso cuando el libro se aparta del pensamiento del autor francés, nos topamos con nociones como *referencia cruzada* (el campo hermenéutico tejido por las ficciones y por el relato de la propia vida), *refiguración*, *apropiación poética*, *dimensión referencial*, etcétera.

La lectura y aplicación de Peña respecto del pensamiento ricoeuriano es aguda y concisa. El autor conoce y cita obras posteriores en donde Ricoeur toca estos temas (*Si mismo como otro*, y algunos otros artículos), pero opta preferentemente por los firmes cimientos que *Tiempo y narración* establece, en el diálogo con la literatura y la historiografía. Peña utiliza a Ricoeur para recapitular y así otorgar unidad a los planteamientos del resto de los pensadores estudiados; ello es lógico si se tiene en cuenta que el mismo Ricoeur se ve influido directamente por Arendt y por MacIntyre y que su filosofía colinda en múltiples puntos con la de Taylor. Los temas gnoseológicos y hermenéuticos de fondo (como las relaciones entre imaginación, enten-

dimiento y voluntad o las discusiones respecto a la referencia y a la verdad textual) son explorados desde una matriz ricoeuriana donde la ficción ilumina la realidad —y no la pierde ni la relativiza— y el relato se relaciona necesariamente con las determinaciones éticas de la acción: “*La narración que únicamente cuenta es la que inspira el silencio, es la que procede de una vida real y verdadera*” (p. 178).

La segunda parte del volumen examina la presunta ubicuidad de la ficción. Distingue, por tanto, entre la dimensión estructural y la dimensión referencial del relato, y explora diversas modalidades de lo imaginario. El autor acierta al criticar la marginación de las cuestiones metafísicas y gnoseológicas implicadas en esta discusión. Resultan insuficientes, por tanto, las aproximaciones estructurales o exclusivamente analíticas. Peña sugiere un acercamiento transitivo y comunicacional. Ello, piensa, conduce necesariamente a los planteamientos filosóficos de fondo.

El autor rescata, además, el papel cognitivo de la literatura mediante la analogía de la verdad, contra la cerrazón literaria de Lamarque y de Olsen. El positivismo y univocismo de estos

teóricos de la literatura resulta tan dañino como la diseminación post-estructuralista: “*Después de apelar a la experiencia ordinaria del lector, ciertamente no se pueden desconocer las mínimas bases metafísicas que la sustentan, entre las que se cuenta el reconocer los aspectos cognoscitivos implicados en la literatura*” (p. 185). La ubicuidad de la ficción, en pugna con los posmodernos, es delimitada por la conceptualmente diversa “ubicuidad” de la narración y de lo imaginario; en última instancia, es demarcada por la realidad misma.

De manera especial, encuentro acertada la distinción entre el método estructural y la ideología estructuralista, entendida como abuso de los planteamientos de Saussure. Peña nos recuerda “*la abstracción metodológica que define el estudio estructural*” (p. 191), su principio de inmanencia y la distinción entre *langue* y *parole*; en última instancia (de nuevo hallamos la inspiración ricoeuriana) se trata de complementar el análisis estructural con la comprensión hermenéutica. En cambio, el último capítulo de la segunda parte (*Ubicuidad y modalidades de lo imaginario*) resulta un tanto pesado y árido: Peña prepara en estos pasajes las

distinciones que aplicará a las discusiones subsecuentes.

La tercera y última parte del libro ostenta un interés especial por enfrentar de lleno la disyunción entre esteticismos amorales —la completa impertinencia del juicio ético en el relato artístico— y exclusiones moralistas —la visión que limita lo imaginable y que deviene ingenua o insensible. El tema es resbaladizo; Peña se arriesga a proponer una ética de las ficciones fundada en una fenomenología del lector y en un moderado respeto a la autonomía textual.

A partir de un recorrido por la teoría de los trascendentales —un tanto programático y poco preciso, a mi gusto—, y echando mano de autores como Pieper, Gilson y Maritain, Peña subraya los riesgos de un ideal de belleza desvinculado del bien y de la verdad. Se trata de enfatizar la subordinación de la estética a la ética y a la metafísica. Para ello, también se cita continuamente a Luigi Pareyson, quien en este punto del discurso ocupa el lugar que antes había correspondido a Ricoeur: ofrece las nociones básicas para articular las discusiones y para integrar a los diversos autores citados. Pareyson y su insistencia en el arte como *formatividad*, permiten a

Peña el ejercicio de la *subtilitas*: la estética de la narración ha de subordinarse a la ética y la metafísica, aunque *per se* su fin se concrete en la forma artística. La subordinación es extrínseca, pero real y efectiva. Esta efectividad la muestra el autor con una fenomenología del acto de lectura, apoyada en ciertas sugerencias de C.S. Lewis. Los trascendentales se coimplican, y el esteticismo lo olvida: “*La belleza, como pretenden los esteticismos, no se puede discutir ‘por sí sola’; dicho de otro modo, en la realidad no existe la perspectiva puramente estética, y si ésta se da, es al precio de una gran abstracción de un claro talante reductivo y desfigurador*” (p. 267); y sin embargo la pasión narrativa de Peña le anima a reivindicar la relativa autonomía de lo bello y su importancia en la vida humana: “*Una moral ciega ante la grandeza del arte es tan unilateral como lo es el esteticismo, y esa ceguera termina afectando a la grandeza de la propia moral*” (p. 267).

En este tema de las relaciones entre narrativa y moral, Peña acierta al atacar la “pornografía de la insignificancia” y rescata, incluso en el mundo de los censores y de los críticos, una consideración justa de las repercu-

siones de la narrativa en la imaginación, la afectividad y la voluntad de los lectores. La censura es en este sentido, afirma Peña, un peculiar homenaje: la literatura no es un mero ornamento inofensivo. Si bien el autor pudo haber abundado más en el papel del crítico literario —sobre todo si consideramos su afición por Steiner— me parece una idea bien lograda. Peña confía en la experiencia del lector y el enriquecimiento intersubjetivo por encima de instancias censoras inquisitoriales. *Cave hominem unius libri*: el libro sugiere que a menudo los efectos riesgosos de algún tipo de narrativa pueden compensarse mediante una lectura bien dirigida de otros textos.

La conclusión del volumen concreta la discusión sobre la ética, relatando las lecturas de Sade que hicieron autores como Bataille, Foucault o Roland Barthes. El recorrido es interesante, y prepara las ideas de un anexo sobre arte, política y moral.

En suma: debemos agradecer a Peña Vial la difícil consecución de un escrito serio y erudito que a la vez transmite el entusiasmo de su autor por la gran literatura y demuestra una fina sensibilidad. En este volumen encontramos lecturas concienzudas y

comentarios precisos, que quizá hubieran brillado más intensamente en una estructura del todo ensayística. En cambio, el tono académico del libro obliga a inquirir por fuentes soslayadas. Por ejemplo, llama la atención que Peña se ocupe de las reflexiones narrativas de Hannah Arendt aplicando nociones de Paul Ricoeur, sin citar los textos en donde Ricoeur se ocupa específicamente de Arendt (en "Re-reading *The human condition*" y en *Lo justo*, por ejemplo). También podría señalarse que para refutar filosóficamente a Jacques Derrida, autores como Wittgenstein, Austin o Cavell ofrecen bases más sólidas que las imprecaciones de Steiner (en todo caso, *Gramáticas de la Creación*, de este mismo autor, podría complementar las afirmaciones citadas de *Presencias reales*).

El ensayo, sin embargo, considerado como tal, es sugerente y agradable; la prosa es fluida y apasionada, y el panorama ofrecido resulta muy útil en estos tiempos, en que la narrativización de la filosofía opaca la grandeza de la filosofía narrativa. La "síntesis de lo heterogéneo", la inteligibilidad narrativa, no ha de perderse de vista por culpa de aquellos que se han

amparado en el relato huyendo de las determinaciones éticas o de los compromisos ontológicos. Peña Vial nos recuerda que narrar es un acto transido de supuestos metafísicos, y que *contar* es siempre *contar con alguien* desde el punto de vista artístico y humano.

Vicente De Haro
Universidad Panamericana

Giuseppe TANZELLA-NITTI y Alberto STRUMIA (eds.): *Dizionario interdisciplinare di Scienza e Fede*, Roma: Urbaniana University Press-Citta Nuova 2002, 2343 pp.

Tal y como lo señalan los editores en la introducción a esta obra, los diferentes intentos de interdisciplinariedad no necesariamente pasan por una correcta comprensión de lo que tal concepto significa; y flaco servicio se le haría al mundo de la cultura si nos quedáramos en un movimiento de moda. Por lo que esta extensa obra pretende hacer de la interdisciplinariedad, más que una suma enciclopédica de diversas perspectivas sobre un tópico en particular, una aportación para lograr, desde diversas áreas del conocimiento, la unidad del saber. Esto implica una

organización sapiencial del conocimiento que permita a las diversas disciplinas reflexionar sobre los fundamentos del conocer mismo y sus modalidades de expresión, y entrar con ello en un clima de diálogo sin equívocos o concordismos simplistas entre las diferentes ciencias. Para ello Giuseppe Tanzella-Nitti (astrónomo de profesión y teólogo de la Universidad de la Santa Cruz en Roma) y Alberto Strumia (físico y filósofo de la Universidad de Bolonia) aprovechan el hecho de que la actividad científica contemporánea llega muy a menudo a tocar problemas relacionados con una teoría del fundamento; lo cual supone un acercamiento sistemático a temas que ordinariamente han sido patrimonio de la filosofía, como el estudio de la complejidad, la analogía, el infinito, la lógica, el valor sapiencial de la matemática, etc.

Buscando la unidad del saber con base en una reflexión común acerca de los fundamentos, los editores del *Dizionario* han logrado conjuntar una serie de escritores, quienes abordan diversos tópicos en los que se engarzan temáticas específicamente de orden científico experimental, filosófico y teológico. Si bien es cierto que en los últimos años

Copyright of *Tópicos. Revista de Filosofía* is the property of Universidad Panamericana and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.